



**Palabras del Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la
Universidad Anáhuac México, en el Aniversario de IMPULSA**

29 de agosto de 2019

Salón Cedrela

Hay una historia que cuenta que un profeta llegó a un pueblo y empezó a predicar en la plaza. Ese primer día se reunió todo el pueblo. Pasó una semana y sólo la mitad de la gente se juntó en la plaza para escuchar al profeta. Después pasó un mes y esta vez sólo cuatro personas fueron a la plaza para atender lo que decía el profeta. Al año, el profeta habló en una plaza desierta. Entonces llegó un peregrino que vio el profeta hablando solo en la plaza. Se le acercó y le dijo: “Profeta, ¿qué haces? No ves que no has cambiado a nadie en un año. ¿Por qué sigues predicando?” Y el profeta le respondió: “Yo no he cambiado a nadie, pero no quiero que me cambien a mí”.

Creo, Mariana, que tus palabras, las historias, los rostros, los nombres, todo eso, a modo de profeta loco de esta historia, más de una tendrá sentido y es sumamente valiosa para ustedes jóvenes de Impulsa, ahora que están

celebrando y premiando. Premiar significa poner a alguien delante de uno mismo. Y esto lo hacen ustedes justamente en un momento bonito, porque hay números más bonitos que otros, como el 10, que es más bonito que el 9, si no pregúntenlo en la universidad... Pero sin duda, el 15 y el 5 son números bonitos, y por eso realmente es muy hermoso hoy compartir con todos ustedes, jóvenes de Impulsa de la Anáhuac México, Campus Norte y Campus Sur, compartir este 15º aniversario y este 5º aniversario, respectivamente.

Impulsa es un programa de liderazgo de la universidad que busca justamente formar líderes en el compromiso social en cada uno y cada una de ustedes. Santa Teresa de Jesús tenía una frase: “Teresa sola es una pobre mujer, Teresa con Dios es un torbellino”. Y a Teresa con Dios y con dinero ¡no hay quien la pare! Esa es Mariana. ¿Cuántas Marianas hay en nuestro mundo? ¿Cuántos de ustedes son Marianas? Queridos jóvenes universitarios y universitarias de Impulsa, ¿cuántos de ustedes van precisamente queriendo adquirir un perfil empático, comprometido con las problemáticas sociales de nuestro mundo?

La verdad es que en cada Premio Impulsa ustedes logran tocar muy bien la fibra de lo que significa ser parte de este programa. Ustedes saben lo que significa el compromiso social de la Universidad Anáhuac, que no es un asistencialismo, porque nuestro compromiso nace de la necesidad de no permitirse que se endurezca el corazón. De ahí nace el compromiso, de la necesidad de no permitirse que ante lo malo mi corazón se contagie.

Es posible que algunos, algunas de ustedes hayan escuchado una historia muy vieja que se llama “La cobija”, incluso hay una obra de teatro sobre esto. Se trata de una familia, con papá, mamá, hijo y abuelo, que se encuentra en una situación económica que poco a poco se va deteriorando hasta que llega a una situación de tremenda pobreza. Un día el papá llega muy triste a la casa y reúne a todos y habla con el abuelo, que es su papá. Le dice: “Papá, me da mucha pena, pero te tienes que ir de la casa. No tenemos comida para darte, no te podemos mantener, no te podemos ayudar nosotros”. Y luego, dirigiéndose al hijo le dice: “Hijo mío, por favor, ve a la recámara, ahí hay dos cobijas, tráelas y dáselas al abuelo que esta noche se marcha de la casa. Las cobijas son para que no pase frío”. El niño va a la recámara de los papás y trae una cobija, misma que se la da al abuelo: “Toma la cobija, abuelo”. El abuelo, con gran tristeza, toma la cobija, derramando lágrimas. Entonces el papá se enoja y reprende al hijo: “Te dije que trajeras las dos cobijas, no una. ¿Por qué nada más has traído una cobija?” El niño mira al papá a los ojos y le responde: “La otra cobija la guardaré para el día en que yo tenga que correrte a ti”.

Es una historia muy fuerte, de un corazón endurecido que ante otro corazón en la misma situación también se endureció, pero justamente lo que ustedes hacen en Impulsa, lo que ustedes hoy, premiando a Mariana, hacen es volver a poner adelante de los ojos los corazones que no se endurecen ante la dureza del mundo actual, ante la frialdad, la insensibilidad, la falta de educación, la falta de coordinación, la indiferencia, la complicidad, la tendencia de muchos de mirar hacia otro lado porque así les conviene

económicamente. Todos podemos ser el niño de la cobija en alguna situación de nuestra vida, y por eso creo que esta noche Mariana, con esa historia tan bonita de Alicia que nos ha contado, de sus testimonios, de esos rostros que casi podíamos ver cuando hablaba, nos ha movido a la reflexión ¿por qué lo hacemos?, ¿por qué ustedes en Impulsa hacen lo que hacen? ¿¿Es solo, como en ciertas tradiciones religiosas, por compasión y empatía?

Ustedes, jóvenes de Impulsa, saben perfectamente que dentro de cada ser humano hay una libertad, una dignidad, una persona valiosísima que tiene una dignidad humana que nosotros creemos que ha sido construida así por Dios. Quizá uno de los pasajes más duros del Evangelio es cuando Jesús tomó un niño y lo sentó en sus rodillas y, ante todos los adultos que estaban ahí, les dijo: “Vean al niño como este me ve a mí. Quien trata bien a un niño como este así me trata a mí. ¡Ay de aquel que escandalice a uno de estos pequeños, más le valdría por eso la piedra de molino al cuello y ser arrojado al mar!”. Y cuando Jesús nos dice que debemos ser como niños para entrar en el reino de Dios, es muy llamativo, porque precisamente 72 por ciento de las víctimas de trata en el mundo son precisamente niñas y mujeres. ¡Y yo no veo muchas piedras de molino con gente que esté siendo arrojada al mar! No sé si nos corresponda poner piedras de molino, pero, por lo pronto, sí creo que tendríamos que comenzar reconociendo que 40 000 000 personas al año por lo menos son víctimas de la trata, de acuerdo con datos de la ONU. Esto es equivalente a que el día de mañana todas las personas de la zona metropolitana se convirtieran en esclavas sexuales; de ese tamaño es el problema de la trata en el mundo.

Nosotros como una universidad humanista, una universidad de inspiración cristiana, no podemos quedarnos simplemente viendo un rostro, tenemos que ser capaces de ver un alma, una dignidad interior, un alguien que está ahí detrás de ese rostro que sufre, de esa persona que es maltratada, un rostro que no podemos conformarnos con que sea sometido a la mercantilización tan propia de nuestro mundo moderno, porque justamente la trata de personas humanas es la mercantilización más fuerte de este mundo. Nos puede inquietar lo que pasa con los animales en ciertas granjas , nos puede inquietar lo que pasa con las ballenas en el mar, pero cómo no nos puede inquietar lo que pasa con la niña que desapareció en la casa de al lado, o con el niño que ha sido abusado en el piso de arriba. Creo que debemos reconocer que la trata de personas —lo dice el Papa Francisco en una frase muy bonita— constituye una llaga en el cuerpo de la humanidad, una llaga profunda en la humanidad de quienes la padecen y de quienes la llevan a cabo, porque la trata desfigura toda la sociedad, rompe toda la sociedad, la ofende, la deshumaniza; la trata de personas niega el acceso a la vida.

Si ante estos jóvenes de Impulsa uno no se siente movido ni motivado a hacer, aunque sea, una pequeña cosa, ¿qué es lo que nos podría mover y motivar? Hay que aprender a reconocer el valor de cada una de las personas.

En estos primeros días de agosto se produce una lluvia de estrellas, que aquí en la Ciudad de México no vemos porque hay demasiada contaminación luminosa. Esas estrellas son las Leónidas y su lluvia coincide con la fiesta de San Lorenzo, por lo que a ese fenómeno también se le conoce como las

lágrimas de San Lorenzo. Una historia cuenta que San Lorenzo era un diácono que vivió en el siglo III. Cuando el procurador lo tomó prisionero, porque sabía que él guardaba las riquezas de la Iglesia en Roma, le dijo: “Muéstrame dónde están las riquezas de la Iglesia”. Entonces Lorenzo lo llevó a una casa y entraron. Lo que había en esa casa eran niños abandonados, ancianos enfermos, personas sufrientes que estaban siendo atendidas por los cristianos de Roma. Así, Lorenzo le dijo al procurador: “Estas son las riquezas de la Iglesia”.

Cada persona que sufre es una riqueza. A nosotros nos corresponde descubrir esa riqueza y hacer que se multiplique y que siga valiendo, pero eso curiosamente requiere de nuestro corazón. Eso es algo muy interesante, que el valor del otro, que es un valor intrínseco, necesite del eco de un corazón para valer más. ¿Por qué una niña como Alicia puede recibir tratamiento? Porque en el corazón del otro no existe el eco de ese dolor sino, al contrario, porque esos nombres que nos ha dicho Mariana han podido encontrar de nuevo la dignidad, porque en el corazón de todos ustedes y en el de la Fundación han vuelto a encontrar ese dolor para ayudarlo.

Déjenme terminar con otra historia que cuenta el gran poeta indio Rabindranath Tagore. Había una vez un mendigo que deambulaba por las calles de Bombay. Una vez le dijeron: “Por aquí va a pasar el rey”. Y el mendigo se puso muy feliz porque pensó que eso le ayudaría a salir por fin de la pobreza. Entonces ese día, cuando vio que se acercaba la carroza del rey, el mendigo se

levantó para acercar su mano y pedirle al rey una limosna sustanciosa. Pero el rey, al ver al mendigo, sacó su mano de la carroza para decirle: “Dame algo”. El mendigo se molestó, pero con todo y eso metió la mano en su bolsillo, donde encontró un granito de trigo y se lo dio al rey, y en seguida el mendigo se fue. Entonces el rey le hizo una señal a la carroza para que reanudara la marcha. Esa noche, cuando el mendigo llegó a su casa molesto por lo que le había pasado con el rey tomó su bolsa para vaciarla en la mesa de su pobre casa. Salió un pedazo de pan, un poco de fruta... pero de pronto vio algo que brilló y se acercó para mirarlo con detalle: era un granito de oro de trigo. Entonces el mendigo dijo: “¡Qué tonto he sido!, si le hubiese entregado toda la bolsa al rey, hoy todo sería oro, en cambio ahora solo tengo un pequeño granito de oro del tamaño de una semilla de trigo”.

Queridos jóvenes de Impulsa, en la vida siempre tendrán ustedes la libertad de ser mendigos o de ser profetas locos. Yo le agradezco mucho a Mariana porque hoy nos ha señalado que lo que vale la pena es ser un profeta loco. Gracias, Mariana.

--ooOoo--